

sas especies. Los argumentos directos, como comunes que son á todos los transformistas, quedan ya refutados más arriba; rebatiremos, pues, únicamente los de la clase segunda ó indirectos.

El argumento de Spencer puede formularse así: Para explicar el origen de los diversos vivientes no hay medio entre la hipótesis de evolucion y la de peculiar creacion para cada género; pero la hipótesis de creacion peculiar repugna: luego debe admitirse la hipótesis de evolucion. Pruebas de la *menor*. *a)* La hipótesis de las creaciones es uno de los primitivos juicios ú opiniones del género humano; pero tales juicios y opiniones sobre la naturaleza y origen de los seres han resultado falsos, ó por lo ménos muy imperfectos, como consta de muchas ideas populares acerca de la figura de la tierra, de la naturaleza de los elementos, de la composicion de los cuerpos, de la interpretacion de muchos fenómenos mecánicos, meteorológicos y fisiológicos; luego tambien la opinion que sostiene las creaciones especiales es probabilísimamente falsa por sólo ser una de las primitivas. *b)* Dicha opinion pertenece al género de prejuicios populares que movian á los rudos é ignorantes á ver en cada fenómeno natural una causa desconocida y personal, que creían obraba como un hombre; de ahí nació la creencia vulgar en los genios buenos y malos, en los encantamientos, y virtudes, y fuerzas ocultas en las cosas. Es así que estos prejuicios han desaparecido ya en su mayor parte, y los demás, entre las cuales se cuenta esta opinion de creaciones especiales, confiamos serán tambien rechazados como falsos. *c)* Además esta doctrina carece de todo fundamento, pues nadie jamás ha visto la creacion especial de algun género, nadie ha podido hallarle para apoyo y prueba siquiera indirecta de tal hipótesis. Más aún, se ve repugna positivamente. Pues esta creacion especial de organismos, ó se entiende en sentido propio de suerte que su materia sea producida de la nada, y esto

repugna por suponer relacion entre el sér y la nada, relacion imposible; ó si la creacion se toma en sentido más lato, es decir, como la produccion de un organismo de otra materia presupuesta, no se concibe cómo haya podido verificarse. *d)* Podemos, en efecto, nosotros conocer la série de la vida de los individuos, pero no un período, por decirlo así, entero de una especie que comprende muchas vicisitudes y mutaciones; ¿con qué derecho, pues, nos es dado afirmar que cada especie debe su origen á una creacion divina, y más siendo tan distinto el origen de los individuos? ¿Lo afirmamos precisamente por no poderlo apoyar en razon alguna, ó por recomendarse y manifestarse así más el poder divino? Y entónces ¿no hay la misma razon para que sean tambien creados los individuos? Pues quienes afirman haber criado Dios las especies, no le negarán el poder haber criado asimismo los individuos. Además ¿á quien debia en último resultado manifestarse el poder divino con esas creaciones especiales no existiendo aún, cuando fueron criadas, el género humano, al que podia hacérselas ver? ¿Se dirá que Dios en esas creaciones quiso manifestarse su poder á sí mismo? *e)* Finalmente, la hipótesis de las creaciones especiales supone al Creador queriendo y buscando las consecuencias todas de tal suposicion, mas esto es absurdo. Primero porque entre las especies que se suponen creadas, unas tienen el instinto de dañar á otras; por eso las más delicadas y débiles son muertas por las más fuertes, son devoradas, y otras perecen á fuerza de pesadumbres y desgracias; y así viven en enemistad perpetua y en continua efusion de sangre varios géneros de animales. Mas esto no se puede explicar admitida la doctrina de un Criador que haya criado las varias especies de vivientes, como si Dios no hubiera podido arreglar y componer las cosas sin tanto estrago y desórden de la naturaleza. Además es dicho comun entre los fisiólogos que todo animal hasta ahora conocido mantiene sus parásitos; mas el hombre no mantiene

uno, sino muchos de estos impertinentes animales que le originan con frecuencia enfermedades y aun la muerte. Y ¿quién puede creer que el hombre, *cabeza y corona* de la creación, según la idea divina, haya sido formado para apa- centar con la sustancia de su cuerpo tales parásitos, y estos para tormento y ruina del hombre? Digamos mejor que la hipótesis de las creaciones especiales es absurda por muchos capítulos, y por consiguiente debe ser rechazada (1).

Todos estos argumentos confirma Spencer diciendo que la hipótesis de la evolución tiene condiciones y propiedades contrarias á estas (2).

Contestaremos: 1.º Que es un dislate llamar hipótesis á la doctrina de las creaciones especiales admitidas ha ya mucho tiempo por el comun sentir de los escritores católicos, y á la que hasta ahora no han podido debilitar en lo más mínimo todos los modernos transformistas con todas sus gratuitas afirmaciones. Más, es doctrina certísima en el sentido mismo en que habla Spencer; porque en tanto la impugna, en cuanto quiere excluir completamente la acción de Dios en la formación de los organismos, atribuyéndola á las fuerzas solas de la materia. Ni puede en el sentido propio llamarse doctrina de *creaciones* especiales; pues según ellas, Dios no crió propiamente, sino formó los diversos géneros de vivientes, de una materia preexistente. Indicado esto,

Responderemos: 2.º Directamente, *pase la mayor*; pues ni es necesario ni hace al caso definir si se da ó no término medio entre los miembros de la propuesta disyunción.

Negamos la menor del argumento y la consecuencia de la prueba. a) No es cierto hayan resultado falsas todas las opiniones primitivas de los pueblos; bien lo demuestran las verdades todas de sentido comun. Singularmente esta

(1) Véase, si hay humor para ello, todo este raciocinio y modo de argumentación latamente expuesto en Spencer, *Principes de Biologie*, 3.ª parte, caps. 1 y 2, págs. 401, 418.

(2) *Ibid.*, cap. 3.

que ahora nos ocupa nació con el mismo género humano, creció con él y con él ha envejecido, sin que todo el ímpetu de los transformistas y todos los esfuerzos de los evolucionistas hayan bastado á arrancarle algo siquiera de su fuerza. Y hay una razón muy poderosa para que no puedan resultar falsas ó enmendables todas las primitivas creencias, y es la evidencia nativa que en ellas resplandece, ó bien cierta tradición que de los primeros hombres ha ido transmitiéndose por todos sus descendientes. Y en efecto, tal es la tradición relativa á la creación de los seres que, si bien confundida y corrompida más tarde entre los gentiles con multitud de fábulas, se mantuvo y guardó siempre pura en el pueblo hebreo y escrita además, para que con más facilidad se conservara limpia de todo error. Y si la argumentación de Spencer valiera algo ó tuviera alguna fuerza, había también que renunciar y dar un adiós tristísimo á otras innumerables verdades contenidas en el *Antiguo Testamento*, especialmente en el *Génesis*. ¿Bastará lo expuesto para indicar la malicia é impiedad contenida en la doctrina de Herberto Spencer?

La misma respuesta damos á la prueba b), negamos su antecedente y consecuencia. Porque sea lo que quiera de esas causas segundas, á las cuales el vulgo, no conviene ahora decidir si con razón ó sin ella, atribuye ciertos fenómenos; la verdad es que la doctrina de las creaciones especiales no estriba en falsos ó ligeros prejuicios populares, sino en razones gravísimas que exponremos en su lugar. Es además certísimo que el mundo fué creado de la nada por un Dios personal, sin que eso sea razón para suponer que Dios obra como el hombre. Además, no es culpa de los católicos que hombres ignorantes, sobre todo en la doctrina cristiana, hayan creído lo que aun sin fundamento les pareció bien sobre los genios buenos y malos, encantamientos, etc. Lo que sobre esto mismo y otras cosas parecidas enseñan los doctores católicos, como lo que de las fuerzas y cualidades en-

señan los escolásticos, es bastantemente cierto y se apoya en fundamentos suficientemente sólidos para que pueda el positivista inglés, por mucho que espolee su genio, destruirlo ni aun debilitarlo siquiera.

En cuanto á la prueba c) negamos rotundamente tal afirmación, cuya prueba, en primer lugar, se vuelve contra el mismo Spencer. ¿Quién ha visto ó experimentado aquellos sus estupendos dogmas, delirios más bien, recordados arriba, y que él los propone nada ménos que como doctrina obligatoria á todos? Y negamos la consecuencia, porque, niéguenlo cuanto quieran los positivistas, es cierto haber infinitas verdades que se escapan á nuestros experimentos, y sin embargo la razón dicta las tengamos por indubitables. La otra prueba es extremadamente fútil. Hemos demostrado en la Cosmología no repugnar la creación, sino que, al contrario, debe admitirse sin que, admitida, se siga relación entre el ente y la nada. Ninguna dificultad presenta, aun dada por cierta la teoría atómica de Spencer sobre la formación de la creación impropia tal, es decir, la formación de un organismo, ú otra cosa cualquiera de una materia preexistente; pero es extraño y raya en lo sumo de la impiedad y locura que el escritor inglés niegue pudo la virtud divina, lo mismo que se empeña en defender pudieran las fuerzas de la materia, esto es, formar un organismo. En fin, cuando Spencer hace chacota y se burla de que Dios criara el cuerpo del hombre formándolo del lodo (1) ¿consigue algo más que manifestar y poner en evidencia su insipiente é impiedad? Porque, cierto, es lo sumo de la necedad censurar lo que no se entiende, y nada más impío que despreciar como cuento de viejas y fábula indigna de Dios la obra admirable de su divina bondad y sabiduría.

En cuanto á la prueba d), ante todo, negamos lo mismo

(1) Spencer, ob. y lug. cit., núm. 112, pág. 408.

que en el argumento anterior supone nuestro adversario, á saber, que no podemos conocer sino lo manifestado por la experiencia. Por tanto, negamos la consecuencia. No hay paridad entre las especies y los individuos, estos no son creados, es decir, no son producidos inmediatamente por Dios, porque los producen por generación otros individuos de la misma especie, que tienen por su naturaleza la virtud de engendrar, como lo demuestra la experiencia de todos los días. Y al revés, porque la misma experiencia prueba y ha probado siempre que los individuos vivientes no engendran sino otros individuos de su misma especie, con todo derecho se deduce por inducción que las especies no pueden naturalmente derivarse unas de otras como los individuos. Por lo cual la razón nos obliga á recurrir á algo más elevado, á buscar en la primera causa, Dios, el origen primero de las especies. Mas ya ántes hemos expuesto suficientemente estas y otras razones que prueban haber Dios producido las diversas especies.

En la prueba e) distinguimos la mayor: la hipótesis de las creaciones especiales supone que el Hacedor quiso y buscó todas las consecuencias que en esta suposición se siguen, *si son buenas* conced., *si son malas* subdisting. *Supone que las quiso directamente y por sí*, neg.; *indirectamente y como resultado de otra cosa buena*, conced. No puede apetecerse ni buscarse lo malo como tal ó por ser tal; lo tenemos demostrado en otra parte (1). Las pruebas aducidas por Spencer nada concluyen. La primera vuelve á renovar una dificultad ya rancia y mil veces triturada por los escritores católicos, la cual fundan los ateos é impíos en los males de este mundo para atacar con ella la existencia y providencia de Dios. Dios creó para su gloria divina el mundo y cuanto en el mundo existe; ninguna ley le forzaba

(1) Véase Santo Tomás, *de Malo*, quaest. 1, art. 3. Cfr. *Ontolog.*, núm. 172, pág. 493 y sig.

á crear un mundo el más perfecto posible (1), y por consiguiente, á exigir y sacar de él la gloria absolutamente mayor que pudiera darle. Además, Dios no busca la misma perfeccion en todos los seres, sino varia y distinta, y esa perfeccion varia y distinta contribuye no poco á hacer resaltar la hermosura del mundo y la bondad del mismo Dios (2). Por eso pudo muy bien Dios querer existieran seres que pudieran faltar y se corrompieran y desaparecieran por completo, y otros que ni desfallecieran ni se corrompieran. Y como esto es verdad, no repugna haya en el mundo males, y muertes y sangre derramada. Además, dos cosas principalmente hacen brillar la hermosura de este mundo; la accion mútua que entre sí ejercen los diversos géneros de seres y el orden entre ellos vigente. Ahora bien, el orden reclama la sujecion de los inferiores á los superiores, y por eso el reino mineral sirve y está subordinado al vegetal, éste al animal, y éste y todos al hombre. El bien universal depende de conservarse este orden; y no pueden conservarse esos seres ni este orden sin que perezcan muchos individuos y sean producidos otros nuevos. Y á este fin se dirigen las acciones mútuas de muchos seres diversos en naturaleza y especie; así el fuego, mientras abrasa y destruye la leña ó combustible, proporciona y acarrea muchísimos y muy útiles ventajas; los agentes químicos con la combinacion y disolucion de los cuerpos dan brillantes y utilísimos resultados; asimismo los vivientes, sean vegetales ó animales, ó el hombre mismo, conserva cada uno sus especies, desapareciendo individuos cuya especie á su vez se conserva por la generacion de otros y otros individuos. Pues el que muchos de estos desaparezcan será, cierto, un mal para ellos, pero no puede llamarse mal absoluto ni desórden, sino grandí-

(1) Léase lo dicho en nuestra *Cosmología* contra el Optimismo, núm. 28, pág. 71 y sig.

(2) Véase nuestra *Ontología*, núm. 161, pág. 465 y sig.

simo bien y resplandeciente brillo del orden del mundo (1).

Por lo demás, encontramos dos cosas extrañas, *admirables*, en el discurso y argumentacion del Sr. Spencer: primera, el horror indecible á la muerte de los animales y al derramamiento de su sangre... y, sin embargo, Spencer, tan compasivo, tan tierno para con esos animalitos, no es probable que deje de comer carne de animales para conservar su propia vida. Y como inglés, y no muy piadoso ni cristiano, si hemos de dar crédito á sus obras, ¿será juicio temerario suponer que no ha renunciado para siempre al roastbeef ni al beefsteak? Y si es crimen en Dios haber creado especies que con frecuencia se destruyen unas á otras, ¿con qué derecho es permitido al buen Sr. Spencer matar ó permitir se maten animales para sustentar su ilustre personalidad? Pero, hablemos claro, nada hay malo ó defectuoso en esto, sino se ha de reconocer en ello la admirable solicitud de la divina Providencia que preparó á los diversos géneros de vivientes alimentos convenientísimos y á propósito á cada uno, y al hombre, como á rey de la creacion, le dió el dominio sobre la tierra, para que *domine á los peces del mar, y á las aves del cielo, y á las bestias, y á toda la tierra y á todo reptil que se mueva sobre la tierra* (2). Pues como lo dejamos demostrado en la *Cosmología*, el fin próximo del mundo corpóreo es el bien del hombre (3). La otra cosa extraña y admirable en la argumentacion de Herberto Spencer es, que profesando el materialismo, se muestre tan delicadillo y hiera tanto su sensibilidad la muerte de los animales y el derramamiento de su sangre. Porque, vamos á ver, ¿qué son para los materialistas la vida y la muerte, sino una mera combinacion ó disolucion de los átomos? y en realidad ¿qué tiene de más el hombre sobre un animal, una

(1) Véase la *Cosmología*, núm. 24, pág. 51 y sig.

(2) *Génesis*, cap. 1, v. 26. Véase tambien el v. 28.

(3) *Cosmología*, núm. 92, pág. 322 y sig.

planta ó una piedra, sino existe el alma ó principio de vida, y todo, en resumidas cuentas, se reduce á las fuerzas y perfeccion de la materia? ¿Por qué, pues, al sensible Spencer le hiere más los nervios la muerte de un animal ó de un hombre, que el despedazamiento de una piedra?

La otra prueba fundada en los parásitos de los animales y singularmente del hombre, la refutó hace ya siglos San Agustín cuando dijo: «*Los animales perniciosos ó dañan penalmente á los hombres vivos* (segun la Providencia divina, esto es, en castigo de nuestros pecados), *ó los ejercitan saludablemente, ó los prueban útilmente, ó los enseñan inconscientemente ó sin saberlo*» (1). Y en otra parte: «*Y ciertamente los animales todos ó nos son útiles, ó nocivos ó superfluos. Nada tienen que decir (los Maniqueos charlatanes y tontísimos, así los llama el santo Doctor), contra los útiles; con los nocivos ó somos castigados, ó ejercitados ó atemorizados, para que amemos y deseemos, no esta vida expuesta á*

(1) San Agustín, *de Genes. ad litter.*, lib. 3, cap. 17, núm. 26. Poco antes, en la misma obra habia ya prevenido la dificultad que Spencer encuentra en que Dios, al criar las diversas especies de organismos, les infundiera diversos instintos para dañarse unas á otras. *Dicit aliquis, dice, cur ergo invicem bestiae nocent, quibus nec peccata ulla sunt, ut vindicta ista dicatur, nec ullam recipiunt tali exercitatione virtutem? Ideo nimirum, quia scilicet aliae cibi sunt aliarum. Nec recte possumus dicere: Non essent aliae, quibus aliae vescerentur. Habent enim omnia, quamdiu sunt, mensuras, numeros, ordines suos, quae cuncta merito considerata laudantur, nec sine occulta pro suo genere moderatione pulchritudinis temporalis, etiam ex alio in aliud transeundo, mutantur. Quod etsi stultos latet, subluceat proficientibus, clarum que perfectis est. Et certe omnibus talibus inferioris creaturae motibus praebentur homini salubres admonitiones, ut videat, quantum sibi satagendum pro salute spirituali et sempiterna, qua omnibus irrationalibus animantibus antecellit, cum illa videat a maximis elephantis usque ad minimos vermiculos sit pro salute corporali et temporalis, quam pro sui generis inferiore ordinatione sortita sunt, sive resistendo, sive cavendo, agere quidquid valent: quod non apparet, nisi cum quaedam refectionem corporis sui ex aliorum corporibus quaerunt; alia se vel repugnandi viribus, vel fugae praesidio, vel latebrarum munimine tuentur. Nam et ipse corporis dolor in quolibet unimante magna et marabilis animae vis est, quae illam compagem ineffabili permixtione vitaliter continet, et in quamdam sui moduli redigit unitatem, cum eam non indifferenter, sed ut illa dicam, indignanter patitur corrumpi, atque dissolvi.* S. Augustinus, *de Genes. ad litter.*, lib. 3, cap. 16, núm. 25.

peligros y trabajos, sino otra mejor, donde reina la tranquilidad más completa, y la procuremos conseguir con los méritos de nuestra piedad. Y ¿á qué viene preguntarnos sobre los superfluos? si te desagrada que no aprovechan, agrádate el que no dañan; pues sino son necesarios para nuestras casas, con ellos se completa la integridad de este universo, que indudablemente es mucho mayor y mucho mejor que nuestras casas. Porque Dios lo administra mucho mejor que cada uno su hacienda (1). Si Spencer hubiera meditado un poco sobre estas palabras y otras semejantes con que los Doctores católicos han sabido siempre poner una mordaza á las lenguas de los impíos y un freno á sus furiosos ímpetus, tal vez no hubiera escrito tantos desatinos, tantos absurdos y tantas blasfemias; y cierto, hubiera aprendido la ciencia de la modestia, y á investigar con más humildad las causas y fines de los seres, y sino podia averiguarlos, á alabar la infinita sabiduría de Dios, reconociendo la pequeñez de su propio ingenio. No lo ha hecho así, al contrario, ha procurado imitar la necedad de los Maniqueos, y por eso, como ellos, ha merecido con justicia la reprehension siguiente de San Agustín: «*Suelen tambien los Maniqueos promover esta cuestion.*» ¿*Qué necesidad habia de que Dios criara en las aguas y en la tierra tantos animales que nada aprovechan al hombre?, muchos además son nocivos y temibles; mas al decir esto no saben cuán hermosos son todos para su criador y artífice, que de todos se sirve para el gobierno del mundo, al cual domina con leyes sapientísimas. Porque si un ignorante entra en la oficina de un artífice, ve allí muchos instrumentos sin comprender su utilidad, y, si es muy tonto, los mira como superfluos. Si alguno por su imprudencia cae en el fuego, ó se hiere con un hierro agudo por manejarlo mal, juzga que en el fuego y en el hierro hay mucho malo; mientras el artífice que sabe manejarlos, se rie*

(1) San Agustín, *de Genesi contra Manichaeos*, lib. 1, cap. 16, núm. 26.

de su ignorancia, y despreciando palabras necias, continúa su trabajo. Y no obstante, son tan necios (los Maniqueos), que no atreviéndose á censurar en un artífice, hombre, lo que ignoran, respetándolo y creyendo será útil y destinado á algun uso, tienen el descaro de querer corregir muchas cosas de este mundo, cuyo artífice es Dios, porque no alcanzan á ver sus causas; y examinando las obras é instrumentos de este artífice omnipotente, quieren mostrar que saben lo que completamente ignoran (1).

Lo añadido por Spencer para confirmar su argumento, es muy fútil y no necesita refutación.

§ II.—Refútase el sistema de Häckel

Proposición 2.ª El sistema de Häckel, tal cual lo arregló su autor, abunda en no ménos perniciosos errores, y por consiguiente, con tanta mayor energía debe rechazarse, cuanto son más numerosas y arbitrarias las hipótesis en él establecidas.

Decimos *tal cual* lo arregló su autor, porque en el sistema häckeliano deben distinguirse dos cosas: el darwinismo, fondo y base de esta doctrina, y los apéndices añadidos por Häckel: estos últimos vamos á examinar, y del darwinismo hablaremos luego.

Primera parte. *El sistema häckeliano abunda en errores muy perniciosos.* 1.º El primero y gravísimo es el *monismo*, pues Häckel es uno de sus principales corifeos: del monismo, que no admite distinción entre la materia y el espíritu, entre la causa primera y su efecto. Á esto se dirige siempre todo el sistema transformista de Häckel (2). 2.º El mo-

(1) San Agustín, lugar poco ha citado, núm. 25.

(2) La théorie monistique et mécanique regarde les formes de la nature organique, aussi bien que de l'inorganique, comme étant les produits des forces naturelles... Quand le dualisme théologique cherche dans les merveilles de la nature les idées arbitraires d'un créateur capricieux, le

nismo, como notamos en la Cosmología (1), puede revestir dos formas principales, el *panpsiquismo* ó *idealismo* y *panhilismo* ó *materialismo*. Häckel profesa el monismo materialista: este materialismo, por tanto, es un segundo error, y por cierto preñado de otros gravísimos. 3.º Como consecuencia necesaria de los anteriores fluye el panteísmo y el ateísmo. 4.º Sienta como dogma que la materia es increada y eterna: ya hemos demostrado en la Cosmología (2) lo absurdo de tal dogma. Ciertamente la materia increada envuelve contradicción *in terminis*, como se dice en las escuelas; pues el sér increado es esencialmente perfectísimo y espíritu, como lo enseña la luz de la fe y de la razón, y lo demostraremos en la Teología natural, y la materia es esencialmente imperfecta, y por consiguiente, incapaz de existir si otro no la crea. Y por lo que hace á su eternidad, es cierto, certísimo no haber la menor necesidad de una creación eterna, y que sea lo que se quiera de su absoluta posibilidad, de hecho el mundo y su materia fueron creados en el tiempo (3). 5.º De donde al rechazar la creación viene

monisme considérant les véritables causes, reconnaît, dans les phases évolutives, les effets nécessaires des lois naturelles éternelles et inéluctables...» Häckel, *Histoire de la création des êtres organisés*. Véase Duilhé de S.^t Projet, *Apologie scientifique*, etc., pág. 233. Lo mismo enseña Strauss: «Si l'on trouve dans notre théorie l'expression du plus complet matérialisme, je n'y contredirait pas. En effet, j'ai toujours considéré comme une duelle de mots la fameuse antithèse, autour de laquelle on fait tant de bruit, entre le matérialisme et l'idéalisme, ou de quelque façon qu'on veuille nommer cette seconde idée opposée à la première. Tout deux ont leur adversaire commun dans le *dualisme*, qui, d'après les idées dominantes dans toute la période chrétienne, divise l'homme en corps et âme, partage son existence en temps et en éternité, et place, en face du monde créé et périssable, un Dieu créateur et éternel. A côté de cette conception dualiste du monde; le matérialisme et l'idéalisme se comportent tous deux comme le *monisme*, c'est à-dire qu'ils cherchent à expliquer l'ensemble des phénomènes d'après un seul principe, à se représenter le monde et la vie d'une seule pièce.» Strauss, *L'Ancienne et la nouvelle foi*, cap. 66.

(1) *Cosmología*, núm. 8, pág. 26.

(2) Véase la *Cosmología*, núm. 54, pág. 162 y sig.; núm. 58, pág. 179; núm. 81, pág. 265 y sig.

(3) Véase la *Cosmología*, núm. 78, pág. 252 y sig.